ABC 19 mayo 1945

MARTINA

Mis amigos Isabel y Mariano Iturralde van ahora destinados a la Embajada de Wáshington. Con ese motivo, a su paso por Madrid, hablamos de las perspectivas que ofrece para ellos la vida norteamericana. La palabra electrificación salta en nuestros comentarios frecuentemente. Yo pongo sordina a sus entusiasmos y les digo:

—Parece, sí, que todo está electrificado en los Estados Unidos. Mil servicios domésticos funcionan, gracias a la electricidad, de una manera impecable. El desayuno, el almuerzo, la cena, son condimentados merced a la colaboración de ingeniosos dispositivos en el espacio de breves segundos. Tal circunstancia determina un incremento fabuloso en el promedio de las comodidades individuales. Pero no olvidemos, abrumados por esa consideración, un hecho fundamental: el desayuno hay que hacérselo. Y a su igual, el almuerzo y la cena. Esto es: hay dos formas de electrificación. Una, la que ofrecen los mágicos aparatos merced a cuya ayuda se soslayan los múltiples engorros del carbón y de la astilla, y esa otra antigua, pero hasta el momento sin rival de su talla, que pone al alcance de nuestro paladar la clorosa taza de chocolate media hora después de habérsela pedido a Martina. Si a la electrificación se va en busca de la sencillez, de la limpieza y de las comodidades, y se ha de votar a favor de aquel sistema que de mayores molestias exima, obligado a la opción entre un aparato pintado al duco blanco, con unos bellos interruptores de ebonita, y Martina, me quedo siempre con Martina. Ahora bien: Martina, eso es lo que falta por completo en los Estados Unidos.

La organización fabulosa de la vida en ese planeta que es por sí sola Norteamérica hace accesibles a ciertas fortunas solidísimas nada más la asistencia y la colaboración de Martina. Una Martina honrada y eficaz, del corte de estas que suministra en serie la provincia de Toledo o la de Avila para el servicio de la clase media madrileña, gana en los Estados Unidos muy por cima de los cien dólares mensuales y permanece en la casa únicamente un determinado número de horas. Cien dólares—alrededor de dos mil pesetas—son los emolumentos de muchos conciudadanos nuestros que se permiten a su vez el lujo de sufragar los salarios de un par de Martinas y a quienes sería pueril ofrecerles, aun en las mejores condiciones—bonificados y a plazos—, esos útiles norteamericanos en los que el pan se tuesta como nos apetece merced al amable concurso de una corriente de 120 voltios.

Se halla entre nosotros un amigo que ha vivido largas temporadas en California.

—A los Estados Unidos—subraya—le quedan muchos años todavía antes de descubrir esa fórmula sencilla y familiar del servicio doméstico tal y como se da entre nosotros, esa fórmula gracias a la cual vivimos bien atendidos y cómodos en nuestras casas, olvidados de que a Martina la han electrificado en Hollywood.

—Sí, sí—concluye alguien con cierta melancolía—. Todo eso es verdad. La convivencia del señor y el criado en España se produce en una atmósfera de solidaridad sorprendente. Perdonadme si el lujo de tutear a sus inferiores que algunos se permiten me irrita hasta el paroxismo. Permitidme también si os digo que aquella convivencia irroga una sujeción a todas luces tan excesiva que convierte muchas veces al criado en siervo. Permitidme igualmente que la soldada habitual se me antoje de una parquedad inverosímil. Es acaso por todo eso por lo que cuando me pregunto a mí mismo qué futuro desearía para mi país, sintetizo mis ilusiones con frecuencia en este diseño: Una España en la que Martina se haga pagar mucho y la electricidad muy poco.

JOAQUÍN CALVO-SOTELO